
Fricandó

Luz Rodriguez

Sentado en su butaca hundida por el peso acumulado de tantas horas dedicadas a la lectura y no al ejercicio, Simón se disponía a disfrutar de su momento más esperado del día. Era las diez de la noche, su hora preferida para empezar a leer. Le gustaba la noche, no había ruidos y se podía meter de lleno en la lectura. Una sola luz, la de su lámpara, iluminaba la habitación. Una luz puntual, el resto a oscura, y el silencio. Una combinación perfecta para dejarse llevar por las palabras.

Casi todas las noches, lo mismo. A sus cincuenta y cinco años, Simón, sólo esperaba poder jubilarse y poder dedicar todo su tiempo a su gran afición, los libros. Esa noche, estaba especialmente emocionado y ansiaba empezar la lectura de su última adquisición. Un libro buscado, casi perseguido. Para ser un lector empedernido, Simón no tenía demasiados libros en su casa, eso sí, todos eran títulos escogidos, buscados en todos los rincones del mundo. Su colección no era importante por el número de libros que tenía, sólo un centenar, no era una acumulador sin más, lo era porque cada ejemplar, cada historia, era única, original, y su lectura había provocado reacciones únicas en aquellas personas que las habían leído. Simón buscaba historias que habían cambiado la vida la gente. Una veces era lo que contaban, otras los personajes, otras la vida del autor o lo original de la escritura, y eran esos libros, “los especiales”, los que Simón buscaba. Aquellas que un día dejaron huellas en las personas que los leyeron. Historias que a veces venían de otros países, de otras culturas, de otras lenguas....Por eso la colección de Simón era la más original porque estaba llena de emociones y experiencias únicas, como la narración que tenía esa noche en sus manos, la dramática historia de un joven soldado americano de la Guerra de Independencia.

Estaba dispuesto para empezar a leer, cuando el timbre de la puerta le sobresaltó. Del susto, el libro salió volando de sus manos. “Pero quién será a estas horas” El timbre volvió a sonar con molesta insistencia.

- *¡Ya voy! ¡Ya voy!* –Simón estaba muy enfadado. Acababan de estropear su momento especial del día. Dando zancadas se dirigió a la puerta:
- *¿Quién es ?!* -vociferó al abrir.

Una muchacha de unos veinte años, dio un paso atrás –perdone, señor...- La joven pensó que quizás no fuera tan buena idea pedir ayuda al vecino de arriba visto lo enfadado que estaba.

- *¿Qué pasa muchacha?* -preguntó Simón, un poco más relajado al ver la cara de susto que había puesto la chica - *disculpa el grito, pero es que no esperaba a nadie a esta horas...*

- *Lo siento, señor, soy Ángela, la vecina de abajo, es que....verás...* - Ángela dudaba- *necesito su ayuda, señor.*

- *¿Mi ayuda? ¿ para qué?* -Simón estaba intrigado. Qué le pasaría a esta chica para que viniera a pedirle ayuda a un vecino desconocido.

- *Necesito que venga a ayudarme, no sé qué hacer, está todo manga por hombro,sólo tengo una hora para prepararlo todo. ¡ohhh!, es un desastre....*
-Ángela se echo a llorar.

Simón estaba desconcertado. Tenía una chica de veinte años con la que sólo se había cruzado un par de veces en el portal, llorando como una magdalena delante de su puerta. No sabía si dejarla entrar, pero sería peor que se quedara llorando desconsoladamente en el pasillo.

- Entra, anda, y dime qué pasa.

- *No, tiene que venir conmigo abajo, por favor, no tengo tiempo, me tiene que ayudar o se estropeará todo. Yo he seguido al pie de la letra lo que ponía en el libro, pero nada me sale bien, no sé qué hacer.*

- *¿Un libro, dices? ¿Es un manual de instrucciones?*

- *No, no...- Ángela empezaba a desesperarse- no, no es eso. Es en la cocina, venga conmigo, por favor.*

Parecía tan angustiada que Simón no tuvo más remedio que aceptar. Cogió las llaves, se las guardó en el bolsillo del pantalón del pijama y cerró la puerta, sin pensar que el suelo seguía el libro que hace, tan sólo unos minutos, era el centro de su universo. Ahora estaba siguiendo escaleras abajo una chica hasta su piso. La puerta estaba abierta. Simón siguió a la chica hasta la cocina y comprendió cuando dijo que era un desastre. Había resto de comida pegada por las paredes, la mesa estaba repleta de harina y de casi media docena de huevos rotos....Algo sobresalía de una bandeja en el horno y el suelo estaba cubierto de una resbaladiza y pegajosa mancha de aceite.

- *Lo ve, ha explotado la olla y yo no sé que hacer. Mi novio y sus padres vienen a cenar y yo no tengo nada preparado. Todo está pegado en las paredes*
-volvió a echarse a llorar apoyando la cabeza sobre un montón de harina.

Simón tardó unos minutos en asimilar la situación, quieto, sin querer moverse demasiado por ese caos de prigue. Pero la desesperación con que lloraba la chica, le conmovió. Se acordó de las historias donde una joven desvalida pedía ayuda y siempre andaba cerca un galante caballero para echarle una mano. Simón, decidió que esta ocasión sería él el joven caballero, bueno, no tan joven, dispuesto a ayudar a la damisela en apuros.

- *A ver, ¿cómo has dicho que te llamabas?*

- *Ángela.*

- *Mira Ángela, siéntate aquí y me cuentas, despacito y sin llorar, lo que te ha pasado y qué puedo yo hacer por ti* -sacó un taburete de debajo de la mesa y se lo ofreció a la chica.

- *Gracias. Verá. Mi novio y sus padres vienen de viaje y llegan esta noche. Yo insistí que vinieran a cenar a casa en vez de comer en un restaurante. Vivo sola, sabe. Y la madre de mi novio es muy tradicional. Ya ve con malos ojos que viva sola y por mi cuenta así que pensé que si le ofrecía una cena pensaría que, dentro de lo que cabe no soy tan moderna como cree y que se cocinar y hacer todas las cosas que se supone que deben de saber las chicas de mi edad, pero...* -y volvió a echarse a llorar.

- *Pero no tienes ni idea de cocinar...* -acabó Simón.

- *No, ni idea. Pero tengo el diario de mi bisabuela que mi madre me dió cuando mi abuela murió. Está lleno de recetas que le hacía mi bisabuela a mi bisabuelo. Estuvieron casados cincuenta años y mi bisabuela era una cocinera increíble y mi abuela y mi madre...* -más lloros.

- *Déjame verlo.*

Ángela se secó las lágrimas y con un paño se limpió las manos. Con mucho cuidado cogió el libro que, milagrosamente, había salido impoluto del desastre gastronómico que le rodeaba.

- *No quiero que se manche, tiene muchos años y en mi familia le tenemos mucho cariño* -lentamente se lo pasó a Simón, muy despacio, como si lo que

tuviera en sus manos fuera un objeto frágil y valioso-. *Tenga cuidado, por favor, no se le vaya a caer.*

Simón había tenido en sus manos libros muy antiguos, caros y realmente frágiles. A otro le hubiera parecido gracioso e incluso un poco insultante, que le dijera que tuviera cuidado al coger un libro de recetas, pero a Simón, como tantas otras veces, le pareció un privilegio tener en sus manos, los fragmentos de una vida recogidos en unas páginas y eso le daba su valor. Así que Simón cogió el diario de la abuela de su joven vecina en apuros como si fuera una de las obras más valiosa del mundo. Tendría una cien páginas y la encuadernación era sencilla pero bonita. Lentamente, quitó una pequeña mota de harina de una de las páginas y observó la caligrafía cuidada. Parecía la escritura de una mujer culta y refinada. Las palabras estaban bien escogidas. La narración era fluida y el trazo, seguro y firme.

- *Mi bisabuela empezó a escribir el diario cuando se casó, muy joven, a los 17 años, mi bisabuelo tenía veinte. Apenas se conocían cuando se casaron. Era una gran cocinera. Apuntó una a una, las recetas que le hacía a mi bisabuelo, y anotaba después su reacción, ¿lo ve?, mire...* -Ángela se acercó a Simón y le señaló una pequeña nota a pie de página:

“Ha repetido dos veces. Parece que le gusta. Pero debo echar menos romero, lo ha apartado con el cuchillo. No le gustan las hierbas aromáticas.” - En seguida Simón se sintió atrapado por esos retazos de vida anotados a pie de página y siguió pasando las hojas.

“Hoy está disgustado. He preparado la carne como a él le gusta, en su punto. Las verduras, tiernas y sabrosas. Ha comido con desgana. No ha querido ni el arroz con leche. No sé qué le pasa.”

Había más de cincuenta recetas en ese libro. Una gran variedad de platos. Carnes, aves, pescados, verduras, guisadas de una y mil formas. Para Simón, el comer era una necesidad y no un placer. En esa época y siendo soltero, los hombre no tenían costumbre de cocinar, así que comía casi siempre en una fonda cerca de su trabajo. Nunca había entendido la cocina como un deleite. Su pasión eran los libros y en eso empleaba su dinero y su tiempo. No sentía atracción ninguna por los fogones ni por la gastronomía en general. Pero aquel

libro era algo más que un libro de recetas, estaba lleno de vida y eso fue lo que le atrapó.

- *Mira jovencita, mejor es que le digas a tu novio que os vayáis a la fonda de abajo. Yo me llevaré el libro de tu abuela y mañana probamos juntos a hacer la receta a ver si nos sale. Tu recoge todo esto, todavía tienes tiempo.*

- *¿De verdad? ¿haría eso por mí? ¿y qué le digo como excusa?*

- *Díle que hay una avería eléctrica en el edificio y que por eso hoy no puedes cocinar. Tu tranquila. Estudiaré bien la receta a ver qué podemos hacer.*

- *Vale. Lléveselo pero cuídalo bien, apenas lo he utilizado. Este iba ser mi primer intento en la cocina, porque, la verdad, a mi no me gusta cocinar...*

- *Si, ya, ya..no te preocupes, cuidaré bien del libro.*

- *Gracias, señor... ¡Ay!, con tanto disgusto no le he preguntado cómo se llama.*

- *Soy Simón. Simón Martínez, para servirle.*

- *Gracias señor Martínez. No se olvide, mañana le espero aquí para cocinar juntos.*

- *De acuerdo. Hasta mañana.* -Simón tenía prisa por irse. Quería volver a su butaca y seguir leyendo esos pequeños fragmentos de intimidad mezclados con pesos, medidas e ingredientes. Sentado ya de nuevo en la tranquilidad de su salón, dejó en la mesilla de al lado, sin empezar, la trágica vida del soldado americano para hacer sitio a las palabras escritas por la joven recién casada:

“10 de febrero de 1899. En este libro guardo las recetas que me enseñó mi madre y nuestra cocinera Carmen. Algunas ya las he hecho en casa pero otras todavía no las he preparado. Espero que me salgan bien. Mañana nos vamos por fin a nuestra nueva casa. No tenemos cocinera. El trabajo de Martín como ayudante en la fábrica no da para tener servicio. Pero no importa. Estaremos juntos empezando una nueva vida.”

Las siguientes páginas contenía varias recetas básicas para hacer pan, hojaldres, bizcochos y magdalenas. Después comenzaban las recetas más elaboradas. Primero, los entrantes, le seguían los platos de verduras, sopas, caldos, guisos, después, las carnes, los pescados y por último, los postres. No había anotaciones en todas las páginas, sólo en algunas de ellas, en las recetas que habían sido preparadas por algo especial o que habían formado parte de una comida donde había sucedido algo, como en el caso de las croquetas de gallina:

“Hoy ha salido todo mal. La harina para las croquetas se ha pegado, le he echado más leche y ha sido peor. Las verduras de la guarnición están demasiado cruda.. No sé qué vamos a comer hoy. Martín me ha encontrado llorando en la cocina. Me ha dicho que no me preocupe. Nos hemos ido a comernos unos buñuelos de bacalao al kiosko del parque y después una horchata. Ha sido un almuerzo estupendo.”

“Esta mañana me he encontrado a Dorita en el mercado. Hace un año que se ha casado y está muy contenta. Estaba comprando una pescada. Me ha dado una receta que tengo que probar. Es hirviendo la pescada y lleva huevo cocido molido, ajos....Le llama Enblanco, pero no me acuerdo bien. Iré a visitarla y escribiré bien la receta para que no se me olvide”.

Simón esbozó una sonrisa en el silencio de su salón cuando leyó una pequeña nota al margen de la receta del merengue:

“Creo que dentro de unos meses tendremos un niño. Entonces haré merengue otra vez para celebrarlo. A Martín le encanta los merengues y si son milhojas no deja ninguna en el plato y se relame de gusto sentado en la silla tocándose la barriga. Yo también me la he tocado hoy pensando que, quizás, dentro, se esté formando una nueva vida.”

Y en la de la sopa de cebolla:

“Hoy no he podido cocinar. Tengo nauseas todo el tiempo. Ha venido mi madre a prepararnos la comida y me ha hecho esta receta de sopa de cebolla, no le ha echado mucho pan, aunque yo casi no he podido probarla. Martín está preocupado. Pero mi madre le ha dicho que es normal, que es cosa del embarazo. Le ha preparado para merendar churros con chocolate para animarle un poco y creo que lo ha conseguido. Yo he estado todo el día acostada”.

Simón siguió leyendo imaginando en su cabeza a esa joven de 17 años, en su cocina, elaborando cada uno de los platos incluidos en el libro. Pesando los ingredientes, mezclándolos, esperando a que se hiciesen poco a poco... En la página de la receta de las perdices en pepitoria, dos pequeñas anotaciones:

“Las perdices estaban exquisitas. Mi madre siempre sabe ponerle la cantidad suficiente de ajo, de comino y de especias. Yo no sé hacerlo tan bien. Pero hoy, había que hacer un plato especial. Estoy cansada pero feliz de tener a mi niño en brazos”.

“Martín ha traído del mercado dos perdices. La he preparado siguiendo al pie de la letra la receta pero le he añadido un poco de vino y creo que ha mejorado su sabor. Esta es una receta especial, no comemos perdices desde que nació Miguelito, pero hay que celebrar que Martín va a trabajar con el abogado más importante de la ciudad. Estmos todos muy contentos.”

Al llegar a la última página, Simón se rescotó en la butaca imaginándose el olor y el sabor de cada una de las recetas. Y sintió hambre, no había cenado nada. Fue a la cocina, miró su nevera vacía, apenas había unas botellas de leche, unos cuantos huevos, un poco de fruta y algunas verduras a punto de echarse a perder y recordó las comidas con su familia. La mesa repleta en Navidad, los buñuelos de la feria, los guisos de su madre... Hacía tiempo que no asociaba la comida a un bonito recuerdo. Desde hacía años comía solo en la fonda y por las noches cenaba casi siempre un bocadillo o un poco de jamón y queso. Y se acordó de Ángela, preocupada por impresionar a su suegra con una buena comida. Tomó una decisión, hoy se prepararía una cena en condiciones. Buscó una receta fácil, en el libro de la bisabuela, una de huevos revueltos con patatas, perejil y cebolla. Aunque no tenía costumbre de cocinar y no tenía patatas, se preparó un más que digno plato que decoró con unas hojitas de perejil. Mientras cenaba, sentado, inusualmente, a la mesa de su cocina, se dispuso a leer la receta que Ángela tenía señalada para preparar esa noche: “Fricandó”y en la que había una anotación:

“Doña Águeda, se lo ha comido todo. Martín me ha mirado sonriendo, parece ser que a su madre le ha gustado como he preparado la carne.”.

Definitivamente, para Simón, este era uno de esos libros que debía formar parte de su colección, una historia especial, en este caso, sobre el arte de cocinar. Un arte que, históricamente, ha pasado de madres a hijas, pero que desde hace décadas ha trascendido el ámbito doméstico y ha traspasado las barreras del género.

Algún día hablaría de su colección con Ángela y tal vez le pediría que... Bueno, eso ya se verá, primero tenía que responder a su compromiso de enfrentarse, al día siguiente, a los fogones, así que se dijo:

- Vamos allá. Veamos cómo se hace ese fricandó.

“Para este guiso vamos a necesitar varios filetes de ternera, una cebolla y un diente de ajo. Un poco de vino... De la huerta, guisantes, dos tomates maduros...”